

# Letras de Molde

P. 3298

ANO I. PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN. MADRID. Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18. NÚM. 8.  
Madrid: Trimestre, 1,25 pesetas. Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas. Año, 5,50 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos. Año, 10 id.  
Domingo 4 de Marzo de 1900. TELÉFONO, 558. Número suelto, 10 céntimos.

## La Rondeña.

I

La tarde era de las bochornosas de Julio y se cerraba en nubarrones de tormenta que anticipaban la noche. Viento huracanado arremolinaba la tierra y los papeles en las calles y entrábase bramando por las cresterías del famoso tajo rondeño; y por las cresterías de la sierra veíanse rebrillar remotos fusilazos.

Cerca de la enorme cortadura que parte en dos a la enriscada *Ronda fidelis et fortis*, separando al moderno y alegre Mercadillo de la vetusta Ciudad, como allí la llaman, á la entrada de ésta y en la boca de una calleja estrechísima hablaban queda y apresuradamente una mujer y un hombre. El, alto, enjuto, nervioso, cimbreante, gitanesco de ademanes y figura, aborrecido de barbas y pelos, bronceado de tez, ronco y aguardentoso de voz, torvo en el mirar y en el hablar intencionadamente ronco, ambiguo y sentencioso; hombre, en fin, entre héroe y presidiario, que tenía ímpetu de toro, huidas de panteira, blanduras de gato, y perfidias y elasticidades de serpiente, como que era no menos que el famoso *tigre del Gauvín*, terror de aquella serranía. Ella, alta, arrogante de líneas y de presencia, morena descolorida, de abrasadores ojos realzados por misteriosos halos violáceos, frondoso pelo enrespado en profundas ondas de rielos grisáceos y azulinos, calenturienta boca y armoniosos movimientos; hermosísima y perturbadora como envuelta en áura prestigiosa que envenenaba y enloquecía. Por algo la llamaban en Ronda *la Diosa*, y en toda la serranía *la Rondeña*, y por algo tuvo trastornados á todos los mozos de la provincia.

—No me quieres, traidora—suspiraba *el tigre*, con verdadera amargura;—no me quieres, ¡que si me quisieras!...

—¿Qué?  
—Te vendrías conmigo.  
—Porque te quiero, no me voy.  
—¿Porque me quieres?... ¿Estás loca?  
—Porque quiero tu vida, ¿lo oyes? Porque sé que Juan, que conoce la sierra como su mano y se llevaría á su gente, y Curro, que me quiere como un loco, es bravo como un león y manda ocho valientes que se saben de memoria esos montes; porque sé que esos alantros harían lo que no han hecho los civiles, por eso no te sigo.

—¿Pero tú te piensas que es nasío el hombre que á mí me pueda, tonta? ¡Y más teniéndote conmigo!  
—No te emperres, Mariano, que no ha de ser.  
—Lo estás viendo, gitana, cómo me engañas á mí como á los demás!

—¿Qué poco me conoses, niño! Yo no pueo engañarte, porque el hombre mío eres tú, y la mujé pa ti soy yo; porque si tú nasiste tigre yo nasí leona, y si tú te creses al castigo, yo me cresco al mirar de tus ojos; y me jartan las mieles, y me empacha Juan, y me cansa er mundo, y no quío hombres que me suspiren, sino fieras que me bramen, pa tené el gusto de domarlas como á ti y amarrarlas á mis pies con un pelo de mi cabeza.

—Y tan amarrao como me tienes, Rondeña mía! ¡Pero po lo mesmo no te deajo, vente, vente!  
—¡No, no, suérame las manos!  
—¡Ar fin, jembra!  
—¡Calla!—quedándose como suspensa; después con repentino arranque:—¡Pa que veas si te quiero, te juro que esta noche te sigo!

—¡Ahora, ahora, vámonos, que me estoy jugando la cabeza por mirarte!  
—¡No, ahora no, esta madrugá; si me quieres, ve á las dos por el corral, ten la jaca á la regüerta der camino, y aunque se junda er sielo á rayos, te juro que me voy contigo! ¡Y juye, que viene gente!

—Me voy, sí; pero mira que iré, y ¡ay si no me aguardas!—rugió *el tigre*, y huyó á todo correr en busca de su más cercana guardia de la sierra; y la Rondeña se encontró de frente con Curro, que era el que por la calle bajaba.

—¿Ya me vienes persiguiendo?  
—No te persigo, Antonia; te sigo como la sombra ar cuerpo; te sigo porque me tienes jechisao y muerto y loco...  
—Déjame, que ya habrá güerto mi marío con su recua.

—¿Por qué escogiste á Juan entre tantos como te queríamos?  
—Por güen moso, ya lo sabes; porque era el mejó moso de Ronda.

—¡Un jarriero, un naide, pa una diosa como tú!  
—¡Fantesioso!  
—¿Y no soy yo la mejó escopeta de la serranía, no me temen los hombres, no me quieren las mujeres?  
—Ya sabemos que eres el rey de los contrabandistas; pero déjame pasar.  
—¡Dime antes si me quieres!  
—Y si te quisiera, ¿qué?

Y hablaron aún breve rato, pero empeñada y vivamente, y convinieron en algo, porque él le dijo en alta voz al dejarle el paso libre:—A las dose; seré fiyo como el reló—y se separaron.

II

Iban á dar las doce, y en la sala baja, blanqueada y limpia de su casa, velaba Antonia que, á pretexto de acabar una falda para lucirla en misa al día siguiente, domingo, no había querido acostarse. Por todo el anfitratero de montañas que cercan á Ronda, rotumbaban con bárbaros estampidos y prolongados ecos los truenos de la tempestad que se venía encima, y los relámpagos eran tan vivos, que con lo que de ellos entraba por las rendijas de la ventana, inundábase en súbitos livores la sala mal alumbrada por el mechero del velón de Lucena, que ardía en la mesa entre los avíos de costura de Antonia y las agujas y chismes de enjalar de Juan, cuyos robustos y acompasados ronquidos, ofáanse á través de las cortinas blancas de la alcoba del matrimonio.

¡Extraño y elocuente diálogo el de la tempestad con el sonoro y apacible dormir del arriero! Aquel hombre, de fisiología enérgica y de alma sana, cobrábase largamente del duro trabajar en el sueño profundísimo, y en el hondo roncar, expresión de animalidad poderosa y de tranquila conciencia, revelábase todo su ser.

El de Antonia, en cambio, era la lucha; y al verla insomne y exaltada en medio de la tormenta, creíase que el tronar y relampaguear crecientes no eran sino prolongación de la tempestad de su alma. Pero los ronquidos de Juan parecían estremecerla más que las estridentes descargas eléctricas, y su alto seno se alzaba con ritmo agitado y desigual, y las nerviosas alas de su nariz temblaban al alentar afanosos.

De pronto alargó la fina cabeza como quien escuchaba; y en efecto, hacia el corral sonaron dos silbidos bajos y prolongados. Antonia se levantó ágilmente, fuése á obscuras hasta el soportal empedrado que precedía al corral, pasadizo entre cuadra y almacén, donde el arriero colgaba las jalmas y aparajos y amontonaba la paja y estiércol de sus bestias; tomó de un rincón un farolillo, encendiólo, y dejándolo sobre la boca de un cántaro, salió al corral sin más luz que la terrible y ya casi continua de los relámpagos, preguntó por la rejilla de la puerta:—¿Eres tú?—respondióle una voz varonil:—Abre, morena,—descorrió ella los cerrojos y entró el gallardo Curro. Cuando atravesaban el corral caían ya gruesos goterones de lluvia, introducción de la tormenta.

Una vez en el soportal de las jalmas, Antonia y Curro hablaron bajo y afanosamente.

—Ya ves si te quiero,—decía él—que cuando se trata de ti nada me ataja... pero tocante á lo que me dijiste esta tarde... tocante á eso, morena, no hay ná.

—¿Cómo que ná, ¿por qué?  
—¡Porque tengo una madre vieja y honrá á quien darle sombra, y porque soy contrabandista, pero no asesino!

—¿Qué desí que t'achicas, que t'acobarbas, y que eres un mandrián!  
—¡Antonia!  
—¡Pues vete, fuera, largo! ¿Pa qué quío yo un hombre que ni hombre es siquiera?

—¡Rondeña!... ¿qué me has dicho?  
—¡La Rondeña nasío pa hombres con reño que por eya vayan jasta el infierno y no se paren á la puerta! ¡Vete, cobarde!

—¡No me pierdas, Antonia! ¡No me echas esos ojos!

—¡Si fueras hombre te miraría yo así, así!—acercándosele á él, cogiéndole la cabeza y mirándole fascinadoramente á los ojos.—¡Y te querría como tú no has soñado que se puea queré en el mundo!

—¡Antonia, Antonia!... ¡Vamos donde tú quieras, que m'as vuelto loco! ¡Pero, anda, no me dejes pensar!

Y Antonia guió, y Curro entró como ráfaga de huracán y su cuchillo de contrabandista cayó como un rayo en el corazón del arriero, que no dijo ni ¡ay!

Apenas consumado el crimen, Curro se quedó helado, lívido, cadavérico; Antonia fría, impasible, tuvo alma para vestir el cuerpo aún caliente y palpitante de su esposo, el cuerpo que manaba torrentes de sangre cálida, con el traje que usaba él á diario; tomó del soportal un gran saco de los muchos que traía el arriero de vacío en sus viajes, y con ayuda del aterrado mozo, arrojó en él el cadáver, teniendo la precaución de meter también el sombrero, los zapatos y la faja de Juan; y lleno el saco, atólo por la boca, lo cargó ágilmente sobre las espaldas de Curro, que de puro desconcertado, no osaba ni oponer resistencia; y acercándose á la mesa tomó una de las grandes agujas de enjalar y dijo al contrabandista:—Aguarda, que se descose con el peso;—dió unas puntadas sólidas y apretadas, como maestra en aquellos burdos cosidos, y dijo á Curro con imperio irresistible:—Ahora al tajo, tomas vuelto y ¡zá! ¡á fondo!... ¡Y luego soy tuyá!

Cuando se quedó sola, sin atropellos ni sobresaltos, con serenidad glacial y pasmoso dominio propio y sultura de movimientos, despojó la cama de las ensangrentadas sábanas y lavó las en leña caliente de un caldero, que sin duda previsoramente hervía en un fuego de *pitacos* en un rincón de la terriza cocina; sacó del colchón toda la lana ensangrentada y arrojóla en aquel fuego, sin cuidarse del asfixiante humo que aquello producía, rellenó con el contenido de unas almohadas viejas el saqueado colchón, vistió de limpias ropas el lecho, lavó el suelo, ordenó los muebles; y borrada toda huella del crimen, recogió en un pañolón sus mejores galas, sus joyas y cuanto dinero y prendas de valor había en la casa, y sentóse á esperar, segura de que el esperado no faltaría á la cita.

III

Entretanto, ¿qué había sido de Curro? ¿Por qué no volvía?

Cuando el trastornado mozo salió con vacilantes pasos por la puerta del corral, y se halló en el campo desierto, sólo en plena sombra, en plena tempestad, en pleno horror de su conciencia, azotado por la lluvia furiosa, combatido por el salvaje huracán, cegado por los vivísimos relámpagos, y llevando sobre sus espaldas un cadáver, caliente aún, y sobre su conciencia un crimen horrendo, por primera vez en su vida sintióse cobarde; ¡él, el rey de los contrabandistas, avezado á saltar precipicios con las riendas de su potro entre los dientes, disparando su trabuco á diestro y siniestro y amenazado por cien bocas de fuego en las batidas de la sierra! Deshecho el encanto, el sortilegio, la fascinación irresistible con que aquella mujer le enloquecía y dominaba, aparecióle con terrible lucidez tres atormentadoras visiones: su crimen, su madre, su remordimiento infinito. A la violada luz de un relámpago vió claramente perfilarse ante sus ojos los descarnados contornos de la horea infamante, y creyó percibir el la-

mento de su vieja adorada, que caía muerta de dolor y vergüenza al pie del patíbulo.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, flaqueáronle las piernas, sudor helado brotóle de la raíz del cabello, y como sonámbulo, obediente al impulso recibido y ansioso arrojar su espantosa carga, acerbábase con inseguro andar al gigantesco tajo.

Por el fondo de la ingente cortadura bullían y gargoteaban con temeroso hervidero los desagües de las sierras que, salvando fragosidades, cortando calizas y perforando bancadas de areniscas, despéñanse en la célebre garganta y corren tumultuosos á engrosar el Guadiaro.

Cuando Curro llegó junto á la arista viva del tajo, las rachas del huracán soplaban tan impetuosas, que le sacudían amenazando derribarle; los truenos eran tan horribos que parecía rajarse la bóveda del cielo; y el pobre mozo temblaba asaltado por supersticiosos terrores. Sin fuerzas ni alientos acercóse á la orilla del precipicio, y anhelando librarse de aquel horrible peso, recogió todas sus energías, tomó impulso... pero al voltear con ímpetu el saco para lanzarlo á lo hondo ¡pesanto indecible! sintióse cogido y alzado en el aire, cual si el cadáver asiera de él; arrojó un alarido trágico, describió una curva violentísima, y voltigando vertiginosamente por entre los salvajes cantiles verticales, cayó como atado y uncido á su víctima al negro fondo del abismo.

La Rondeña, para completar su obra, había cosido fuertemente el saco que contenía al muerto á la chaqueta del vivo.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

## LUTO

Me muero, niña...  
Cuando me muera,  
cubre tu cuerpo, tu cuerpo blanco,  
de negras ropas... Pero ¡tan negras  
como la muerte  
que ya me acecha,  
como la vida  
que á ti te espera,  
como las horas  
que á mí me restan,  
como tu llanto,  
como mi penal...  
¿Más negras dices?...  
Pues sí, ¡más negras!...  
Como la sombra de tus pestañas,  
como tus ojos, como tus trenzas...

J. ALVAREZ QUINTERO

## GALDÓS EN PARÍS

Pocos pueblos habrá en el mundo donde el amor á la patria esté más desarrollado que en Francia; los franceses tienen todas las formas del patriotismo; desde aquellas para las cuales no hay elogio bastante, como el dar la vida y la hacienda por la tierra en que han nacido, hasta otras dignas de la más acerba censura; por ejemplo: la indiferencia con que miran á los pueblos extranjeros, lo poco que los estudian y lo mal que los juzgan.

Resultado de ese desdén es el absurdo proteccionismo artístico y literario con que Francia rechaza cuanto no es obra de sus hijos. Porque no hay equivocación igual á la de creer que París acoge con los brazos abiertos á todo artista ó literato extranjero que allí quiere trabajar. Dejando á un lado las excepciones, que nada prueban, lo cierto es que el ingenio extranjero no echa raíces ni prospera en París sino haciéndose parisense; quien pretenda vivir y ganar dinero, y al mismo tiempo continuar siendo inglés, alemán, italiano ó español, no conseguirá nada; la aclimatación ha de ser una transformación, casi un cambio de índole. Esta aptitud para abdicar su carácter nacional es fácil en los pintores, que se impresionan y estudian casi exclusivamente por el sentido de la vista; así un austriaco como Munckasy llega á ser tan francés como Juan Pablo Laurens; un ruso como Caran d'Ache se hace tan hijo del *boulevard* como Forain; el mérito de sus obras entra por los ojos y el público lo puede apreciar sin gran esfuerzo; la pintura, á semejanza de la música, tiene algo de lenguaje universal.

Con la literatura no sucede nada de esto: ni es posible en el literato aquella abdicación del espíritu nacional, ni el público puede conocerla sin intermediario, es decir, sin traductor; y sabido es que los traductores son casi siempre escritores de segunda fila faltos de la autoridad y prestigio indispensables para imponer obras extranjeras.

Estas circunstancias, sobre las cuales se podrían hacer largas consideraciones, y aquella manía proteccionista, son causa de que los franceses conozcan poco y mal lo que se escribe fuera de su tierra. Si los novelistas del Norte, principalmente los rusos, gozan hoy en Francia de gran favor, sabido es que se debe á causas políticas excepcionales. El triunfo aislado y efímero de D'Annunzio no prueba tampoco que los italianos se abran camino en Francia. Más conocidos son allí los autores ingleses, pero difiere tanto la índole de ambas naciones, que sus obras no pueden extenderse mucho.

En cuanto á España, unos cuantos eruditos han estudiado nuestro siglo de oro, y aun épocas anteriores, siendo grato confesar que han producido trabajos dignos del mayor elogio. En cambio, la literatura española contemporánea es casi desconocida á los escritores, y sin casi para la generalidad del público. Pocas obras han tenido la fortuna de pasar la frontera, y de ellas ninguna ha sido debidamente apreciada.

Las anteriores y mal hilvanadas observaciones bastan para que se comprenda y aprecie la importancia de lo conseguido por Galdós en su viaje á París. La publicación de varias de sus novelas en periódicos de primer orden, y la noticia de que pronto se representará uno de sus dramas, son para los autores españoles motivo de legítimo orgullo. Galdós triunfará con sólo que se divulgue uno de sus libros: nuestra literatura contemporánea habrá entrado en París, y la verdadera España será conocida en Francia. Gran victoria en esta para el insignie autor de *Doña Perfecta*: gran alegría para todo buen español. ¿Y cómo no hemos de regocijarnos si á la falsa idea que los franceses tienen de nuestro país, formada por autores de opereta y corresponsales embusteros, va á suceder la fiel expresión de lo que somos? Porque el conjunto de la labor de Galdós, su obra, dando á la palabra sentido y aceptación de totalidad, es la representación de España durante todo lo que va de siglo. Lucha heroica por la independencia, guerras crueles por la libertad, transformación de las costumbres, tradiciones que agonizan, ideas nuevas que se afirman, rivalidad funesta entre el fanatismo religioso y los fueros de la conciencia, mezcla grandiosa de virtudes y errores, caracteres de raza rebeldes á la acción del tiempo, pero cuyo vigor es muestra de su extraordinaria potencia; cuanto constituye nuestra vida en casi cien años, lo reflejan con verdad pasmosa los libros de Galdós. Buscad en la moderna sociedad española un suceso, un problema, un tipo de hombre ó de mujer, algo que importe, que interese, que conmueva, y pronto lo hallaréis en esas páginas que son trasunto de la vida nacional, retrato físico y moral de un pueblo entero hecho por una pluma en que se han hermanado maravillosamente el sentimiento del artista y la profundidad del filósofo.

Poderoso consuelo debe ser para nuestras presentes desdichas que París honre á hombre tal, porque á todos nos toca un poco de su gloria en forma de legítimo orgullo, y toda ella redunda en prestigio de la patria, cuando más lo necesita por ser mayor su abatimiento.

JACINTO OCTAVIO PICON

## Nota de la semana.

### MARÍA GUERRERO

*Días de alegría son estos para los buenos españoles. De este país, como dicen algunos que no merecían haber nacido en él, son hijos Pérez Galdós, el novelista insigne, y María Guerrero, la gran actriz, intérprete de obras españolas que serán inmortales. Á aquél le agasajan cual merece en París y tratan de representar un drama suyo en el teatro de la Comedia Francesa, lo que no ha logrado en vida ningún autor extranjero. Á ésta la aplauden por donde quiera que va y en México la nombran directora honoraria de la Escuela de Declamación. El acto de entregar el nombramiento á nuestra eminente artista fué solemne. Lo presidió el jefe del Estado y asistieron los ministros y el cuerpo diplomático. Justo es que se haga tal honor á tan gran talento.*

*Ya se irán convenciendo por ahí de que esta nación moribunda, á quien pueden vencer con la fuerza los poderosos, puede aún luchar y vencer con su inteligencia.*

J. F. P.

## Madrigal.

Vive lejos de imagen tan querida  
mi pobre corazón no lo concibe;  
que una flor de su tallo desprendida  
luce algún tiempo y se defiende y vive...  
¡y yo lejos de ti pierdo la vida!

JOSÉ DE LAUGI

## MISERICORDIA

Todos los rapazuelos del lugarejo, dirigidos por el padre Gerardo, ensayaban en el jardín de la rectoral el himno de bienvenida que habían de entonar desde el coro de la iglesia cuando el obispo entrase solemnemente, entre repique de campanas y traqueo de cohetes. Era la cantata una salutación dulce, una pastorela de frases tiernas y melodía vaga, á la que infundían los niños, con sus voces argentadas, modulación campesina, y el armonium, con sus notas graves, melancolía y langor de misticismo.